



Maité Allamand: "El Sueño Y la Lumbre"

Por IGNACIO VALENTE

M. 13-IV-1969

En el abigarrado panorama de nuestra narrativa reciente dos líneas extremas parecen perfilarse con relativa claridad: el desarrollo y la experiencia más bien amarga de los autores que comienzan y terminan en el exilio, porque concebían la novela como un instrumento de exploración —o consuelo— propio, y la vena juvenil y casi tírica de los que tejen hilos de infancia, enredados en el hogar y la naturaleza, con tendencia a concebir la narración como proto poema. No se trata sólo de una dicotomía poética, aun cuando literaria. Y es curioso que tantas de nuestras actuales se dejen clasificar sin dificultad en una u otra línea de creación. Entre las últimas se cuentan hoy, por ejemplo, Liana Cerda —"La flecha en el horizonte"—, Alicia Morel —"El jardín de Diotima"—, Elisa Serrano —"Blanco y negro"— y Maité Allamand, que nos interesa ahora en último libro de cuentos, "El sueño y la lumbre".

Los temas que definen esta creación son una cotidianeidad prosa, y una ilusión más bien poética que narrativa de las imágenes, y aun de las mismas situaciones argumentales. De aquí brotan halos y colores en alfama lírica, pues estos y otros se corresponden satisfactoriamente.

De siempre una alegría leer buena prosa como ésta, una al margen de su mayor o menor afición narrativa. Una prosa donde nada es improvisado o casual, porque está llena de conciencia e intención, de trabajo y sentido; donde la posibilidad expresiva del idioma se explota a sabiendas, y con un resultado formal limpio.

También nos atrae una narración cuya medula es poética. Este carácter se aprende en la selección de los asuntos tanto como en su tratamiento. Las casas viejas, los hueros y jacques abandonados, las escenas de la infancia, la plenitud sensual de la naturaleza en dimensiones más bien recoletas, el ritmo de las estaciones, la palpación vegetativa del mundo: tales arcos, de comunión buena ejercen un embrujo sutil sobre la autora. El sortilejo de la belleza, de la tierra, de la casa, atraen los relatos de Maité Allamand.

Esa fascinación, por su parte, no se comunica mediante la descripción exacta o la imagen precisa del objeto que la produce, sino por la vía interior de las impresiones, de los recuerdos, de las presentimentos. Podría decirse que el verdadero personaje y el verdadero argumento de cada relato es un cierto estado de ánimo, una impresión leve, la más de las veces sutilmente melancólica, lírica o festivamente triste, alegremente nostálgica. De modo que la progresión narrativa del relato es, a fin de cuentas, menos importante que el desarrollo poético de esa totalidad interior a través de la palabra. Como ocurre en un poema.

De este mismo predominio lírico sobre la narración surten los límites —los sucesos— de "El sueño y la lumbre". Considémoslos, de modo genérico, en una reducción del dinamismo narrativo, del argumento argumental, del interés de la historia, en aras de sentimientos interiores o de intuiciones poéticas que, por otra parte —pues se trata de relatos—, tampoco pueden desarrollarse libremente en las palabras.

El propio camino de la prosa se acorta, a ratos, hasta apretar sus rasgos en un recargo tan breve, que no favorece la fluidez narrativa. Cuando en medio de la sucesión brotan frases como éstas: "recogidos los frutos de oro que lloró la noche, los niños extienden..." etc., el efecto de estas entusiastas metáforas es negativo, pues aparta la atención de los hechos escueltos —los niños recogen fruta— para llevarla al trascendo de la imagen —el oro, las hierbas de la noche—, como pasara en un poema. Lo mismo ocurre con los pensamientos y las locuciones de los personajes: hablan y piensan demasiado brevemente, es decir, con el lenguaje trabajado que los presta la autora. Una mayor contención, en favor de la funcionalidad narrativa, daría más eficacia a estos relatos. El propio talento literario pierde aquí a la autora.

También hay escasez en otro sentido. Aunque a menudo la totalidad sujeta o el hilo argumental de estos relatos consisten en un sentimiento velado y sugestivo, a ratos la autora no resiste la tentación de poner en evidencia ese fondo, y al sacarlo a la superficie lo convierte en moraleja y letrados. Así cuando dice el protagonista del primer cuento, por lo demás como éste: "La existencia de hombre no había sido una guerra a la compañía de estos queridos vegetales que..." etc. No hacía falta decirlo. Tampoco el escritor que protagoniza el segundo cuento necesitaba pensar los expresamente: "¿Cómo he podido vivir tantos años, escribir tantos libros, amar tantas cosas lejos de mi tierra?"

En general, pues, el equilibrio entre el sentimiento poético y el dinamismo narrativo es inestable, y cuando se rompe lo hace en desmedro de este último. Los personajes sienten más que actúan; actúan bajo la forma del sentir; su acción se disuelve finalmente en impresiones poéticas, recuerdos, sueños, lo que resta vitalidad a la narración, por más que contribuya a forjar la energía poética de estos relatos. Los mejores entre ellos —"Herapio", "La carabela reversible", "Marzo, lentamente"— son, más que otros, los que sin perder fuerza lírica están contraindicados sobre una intención abertamente narrativa, dinámica: sobre el desarrollo de un carácter.

Una mayor contención lirica, pues, podría enriquecer el talento cierto de Maité Allamand en un relato más narrativo, del que no faltan ejemplares en este mismo libro.

Maité Allamand, "El sueño y la lumbre" [artículo] Ignacio Valente.

Libros y documentos

AUTORÍA

Valente, Ignacio, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1969

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Maité Allamand, "El sueño y la lumbre" [artículo] Ignacio Valente.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile